

miento no debo yo tener por haberos amado tan poco, divino Salvador mio!

2 Poco importaria el que tuviésemos este sentimiento, si nuestra conducta no testificase nuestro amor. Probémosle desde hoy que le amamos por la resolucion que debemos tomar, de que no pase día alguno de nuestra vida, si puede ser, sin hacerle una visita en el Santísimo Sacramento. Probémoselo por nuestra caridad con los pobres; todos los bienes que les hiciéremos, los hacemos á Jesucristo: *Mihi fecistis*. Visitad por tanto á los pobres enfermos en los hospitales, y á los pobres vergonzantes en sus casas particulares. Visitad á los presos al menos una vez en la semana, y repartid limosnas entre los unos y los otros; esta caridad será una prueba de vuestro amor. Recibid á menudo á Jesucristo en la adorable Eucaristía; comulgad con mas frecuencia que lo ordinario durante el Adviento, y hacedlo cada vez con nuevo fervor. Es una práctica de piedad muy útil el rezar todos los dias, sobre todo en este santo tiempo, las letanias del santo nombre de Jesus (*) y las de la Virgen. En fin, no omitais nada para amar con fervor y con ternura á este divino Salvador, y á la que ha sido destinada para ser su madre.

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO.

EL cuarto domingo de Adviento, que tambien se llamaba el primero antes de Navidad, debe escitar tanto mas nuestro fervor y nuestra devocion, quanto mas cerca está de la solemnidad que exige todo nuestro zelo. Con este espíritu y con este fin ha dispuesto la Iglesia que preceda á este domingo el ayuno de las cuatro témporas, esto es, el ayuno del miércoles, del viernes y del sábado precedentes.

Llámanse cuatro témporas los ayunos que prescribe la Iglesia de tres en tres meses, el miércoles, el viernes y sábado de la misma semana, para consagrar las cuatro estaciones del año por la penitencia de algunos dias de ayuno; para pedir á Dios la conservacion de los frutos de la tierra, para darle gracias por los que ya ha concedido, y para obtener de él el que provea á la Iglesia en este tiempo en que se hacen las órdenes de ministros santos. Conociendo la Iglesia la flaqueza de sus hijos, ha querido darles á entender que no hay tiempo alguno en todo el curso del año en que les sea permitido relajarse ó interrumpir el ejerci-

(*) En España no se usan estas letanias del nombre de Jesus.

cio de la penitencia, porque en todo tiempo hay necesidad de purificar el alma con el uso frecuente de los sacramentos; con la oracion y con el ayuno; y esto es lo que ha movido á determinar tres dias de ayuno en cada una de las cuatro estaciones del año, los cuales se llaman las cuatro témporas. S. Leon dice que esta observancia se ha fijado á las cuatro témporas ó estaciones, á fin de que esta sucesion continua de tiempo con el círculo del año nos enseñase que continuamente teníamos necesidad de purificarnos, y que siempre debemos esforzarnos para borrar por medio de los ayunos y las limosnas las manchas que cuasi incesantemente contraemos durante la vida por la fragilidad de la carne.

Acaso no hay observancia que sea mas antigua en la Iglesia que la de las cuatro témporas, puesto que, segun el mismo Santo, viene hasta nosotros desde los mismos apóstoles. En el antiguo Testamento habia ayunos determinados y fijos á ciertos meses del año. *He aquí lo que dice el Dios de los ejércitos*, dice el profeta Zacarías: *Los ayunos del cuarto, del quinto, del séptimo, y del décimo mes, se convertirán para la casa de Judá en dias de regocijo y alegría, y en fiestas solemnes*. S. Leon cree que estos ayunos lo mismo que algunos preceptos morales, son del número de aquellas cosas santas y útiles que los apóstoles han querido conservar de la antigua ley para el uso de la Iglesia, pero por motivos mucho mas espirituales y mas perfectos que los del antiguo Testamento. Lo que en la ley antigua no era mas que una simple figura, continua el mismo santo pontífice, ha cesado por la realidad en la ley nueva; mas en cuanto á los ayunos, como que nos son demasiado necesarios y sobremodo útiles, jamás ha pensado la Iglesia que cesasen. Añade que la Iglesia conducida y dirigida por el Espíritu Santo, ha distribuido de tal modo el ayuno en las cuatro estaciones del año, á saber, las cuatro témporas de primavera en cuaresma; las del estío en la octava de Pentecostés; las de otoño en el mes de setiembre; y las de invierno en el décimo mes, que todas ellas se hallan santificadas por la penitencia. Los oficios de la misa de estos tres dias de cuatro témporas de Adviento son particulares, y conformes al misterio y á la santidad de este tiempo. En la misa del miércoles de cuatro témporas se leen siempre dos Epístolas, para dar á conocer, dice Alcuino, á los que deben ser examinados en este dia, para recibir las órdenes el sábado siguiente, que deben tener un gran conocimiento de la santa Escritura. Las dos Epístolas que se leen en la misa del miércoles de la tercera semana de Adviento, son tomadas del segundo y

del séptimo capítulo de Isaías, en donde el profeta habla claramente de la venida del Mesías, y de las grandes ventajas que con él deben venir á los hombres; y en las que predice que una Virgen será la Madre de este Salvador. El Evangelio que sigue á estas dos Epístolas contiene la historia de la Anunciación del misterio de la Encarnacion, hecha por el arcángel S. Gabriel á la Santísima Virgen, segun que la refiere S. Lucas. La Epístola de la misa del viernes siguiente se toma de la misma profecía de Isaías, donde predice que saldrá un vástago de la estirpe de Jesse, padre de David; que se levantará una flor de su raiz; y que el Espiritu del Señor reposará sobre ella. El Evangelio del dia es lo que sigue al del miércoles precedente, donde S. Lucas describe la visita que la santísima Virgen fué á hacer en las montañas de Judea á su parienta Isabel, embarazada de S. Juan, pocos dias despues de haberla dejado á ella el ángel, despues de haber obtenido su consentimiento para la Encarnacion del Hijo de Dios en su seno. En la misa del sábado de las cuatro témporas, que se llama tambien el sábado de las doce lecciones, porque antiguamente se acostumbraba en Roma leer en griego y en latin las seis lecciones que todavía hoy leemos en esta misa, las primeras en gracia de los griegos que asistian al oficio, y que habia en gran número en Roma, y las segundas para los latinos; se las contaba como doce lecciones porque cada una se leia dos veces en diferentes lenguas: todavía hoy, he dicho, se leen las seis lecciones latinas en la misa de este sábado: las cuatro primeras son tomadas de Isaías, cuya profecía no es propiamente mas que la historia profética del Salvador. La Iglesia ha creído mas conveniente tambien el componer los oficios del Adviento del libro de este profeta. La quinta Epístola es tomada del profeta Daniel, comun á todos los sábados de las cuatro témporas, en la que se refiere la maravilla de los tres niños del horno de Babilonia. La sexta es de la Epístola de S. Pablo á los fieles de Tesalónica. *Os rogamos, hermanos míos, les dice, por Jesucristo nuestro Señor que debe venir, y por la reunion que debe haber entre él y nosotros, que no os dejéis fácilmente arrastrar á creer de otro modo que creéis.* Aunque el Apóstol en este pasaje habla de la segunda venida del Hijo de Dios, la Iglesia le aplica á la primera para despertar la fe de los fieles. El Evangelio del sábado de estas témporas se reduce á la predicacion de S. Juan, que comenzaba á ejercer sus funciones de precursor, ángel, ó enviado de Dios, para preparar los caminos, y disponer los ánimos á recibir al Mesías.

La misa de este cuarto domingo de Adviento, no es, hablan-

do con propiedad, mas que una viva espresion del deseo ardiente que tiene la Iglesia de ver nacer á su Salvador, y conducir á todos los fieles á que celebren con dignidad y con fruto el dia de su nacimiento. Ella esclama con el profeta en el introito de la misa. *Cielos, enviad el rocío de lo alto, y tambien las nubes al justo, como una lluvia saludable. Abrase la tierra, y veamos aparecer al Salvador como vemos salir el tronco de su germen.* Estas palabras indican el trasporte y la impaciencia de los profetas y de los justos del antiguo Testamento, los cuales deseaban con todo el ardor de su alma la venida del Mesías.

La Epístola que se lee en la misa es tomada de la primera carta del apóstol S. Pablo á los Corintios, y mira á los ministros de Jesucristo, que son los dispensadores de los misterios de Dios, y los pastores de las almas. El Apóstol les exhorta en ella á que no hagan consistir su habilidad y su mérito en la doctrina, ni en el arte de bien hablar; sino en ser fieles en su ministerio, y en sostener la dignidad de su empleo por la regularidad y la santidad de su vida. La Iglesia despues de haber exhortado á todos sus hijos á que se dispongan por la penitencia y la piedad para la venida del Salvador, se dirige, en especial este dia, á los ministros sagrados, y les exhorta á que se distinguan del resto de los fieles por su virtud, tanto como se diferencian por su carácter; y á que, ya que deben presentar al Salvador que nace los votos del pueblo en cualidad de ministros de Jesucristo, y sus primeros oficiales, nada omitan á fin de hacerse ellos mismos mas agradables á sus ojos, en las funciones sagradas de su ministerio.

El Evangelio es el mismo que el del sábado precedente. Contiene la historia de la predicacion de S. Juan Bautista, y de la primera funcion que desempeña en cualidad de precursor del Salvador, como lo cuenta S. Lucas. El Hijo de Dios, esta verdadera luz que ilustra á todo el que viene á este mundo, habia permanecido incógnito en Nazareth, y como oculto en la oscuridad de una vida privada, cuando Juan Bautista salió del desierto para prepararle los caminos; semejante á la aurora que precede al sol, y que da principio al dia; no era él mismo la luz, pero estaba para dar testimonio de la luz. Este santo hombre habia pasado toda su juventud en la soledad, en el ejercicio de la penitencia mas rigorosa, sin otro alivio que el que gustaba en las dulzuras de la contemplacion. Se presentó, por fin, delante del pueblo de Israel á los treinta años de su edad, y el veinte y nueve de la de Jesus, que era el décimoquinto del imperio de Tiberio. En este tiempo fué cuando el primer heraldo del Sal-

vador, este hombre nacido por milagro, este admirable solitario, oculto en el fondo de su desierto, recibió orden para que empezase á desempeñar su encargo.

El reino que Herodes Ascalonita habia poseido enteramente, estaba entonces dividido en cuatro principados. El primero y el mas considerable que era el de Judea, habiendo quedado sometido al imperio romano, despues del destierro de Arquelao, no hacia mas que una parte de la provincia de Siria. Fué este gobernado por Poncio Pilato, á quien los judíos daban el título de presidente, no obstante que los romanos no le diesen mas que á los gobernadores en jefe; mas su gobierno era subalterno y dependia del de Siria, de suerte que no le tenia mas que como agente, ó por hablar segun el uso de los romanos, como procurador de César: *Procurante Pontio Pilato Judæam*. Los otros tres tenian sus príncipes particulares que se llamaban simplemente tetrarcas, que segun su etimología, significa un príncipe que posee la cuarta parte de un grande estado; pero se daba ordinariamente este nombre á aquellos príncipes pequeños que gobernaban con una autoridad soberana; y los Evangelistas dan tambien alguna vez á Herodes, tetrarca de la Galilea, el nombre de rey que los romanos le habian permitido tomar. Este Herodes, era hijo del primer Herodes llamado el Grande, y poseia la Galilea que era una parte de la Palestina, en los confines de la Samaria. Filipo su hermano reinaba del mismo modo en la Iturea y la Traconitis hácia el Septentrion; era esta una provincia situada hácia el nacimiento del Jordan, la cual habia hecho parte de la Siria. En fin un tal Lisaniás, descendiente acaso de aquel otro Lisaniás, que Marco Antonio habia hecho rey de los itureos, mandaba en un trozo de la Celesiria, que se llamaba Abilina, entre el Libano y el Antilibano. Por lo que mira á la religion, como los romanos eran los señores de todo este estado conquistado, y como poseian la capital donde estaban el templo y la silla del gran sacerdote, es probable que disponian ellos á su gusto de las dignidades eclesiásticas; y que queriendo contentar la ambicion desmesurada de Anás y de Caifás, los cuales pretendian uno y otro el pontificado, habian establecido la alternativa entre estos dos concurrentes, de los que el uno era suegro del otro, de modo que lo ejercian sucesivamente durante un año, lo cual se infiere por lo que dice el apóstol S. Juan en el Evangelio, que Caifás era gran sacerdote el año que Jesucristo murió. Era una época tan importante y tan distinguida la venida del Mesías, que se necesitaba no menos que un por menor tan preciso de todas las circunstancias del tiempo, en el que se encontraba cumplido todo lo que los

profetas habian predicho tocante á la venida del Mesías y de su Precursor.

En este tiempo de desórdenes y de confusion en la religion y en el estado fué cuando se vió aparecer el Precursor del Mesías, á quien los profetas habian llamado el Angel de Dios, este hombre santificado en el vientre de su madre, y cuya vida era un prodigio de santidad y de penitencia. Porque su vestido era un áspero cilicio, hecho de pelo de camello, que traia atado al rededor de los lomos, con un cinturon de cuero, con lo cual condenaba la delicadeza y el lujo. Por todo su alimento no tomaba mas que langostas sin condimento ni compostura, alimento muy comun entre los pobres en la Palestina, y miel silvestre de mal gusto, que hallaba en las aberturas de las rocas, y en los huecos de algunos árboles. Su habitacion ordinaria era un espantoso desierto entre Jericó y Jerusalem, y de allí era de donde salia para allanar los caminos al Señor; esto es, para preparar los espíritus y los corazones á la venida del Salvador, predicando la penitencia con sus ejemplos y con sus palabras. Era él aquella voz poderosa que, segun Isaiás, debia resonar en el desierto, y enseñar á los pueblos para que se dispusiesen para la venida de su Rey y de su Redentor. *La voz del que clama en el desierto, preparad el camino del Señor*, exclamaba el profeta Isaiás, viendo ya desde entonces al santo Precursor que, por tanto, se llama á sí mismo la voz del que clama en el desierto. El es en efecto el que preparó los caminos á Jesucristo, preparando los pueblos á que le recibiesen como á su Salvador, y demostrándoles que él era el Mesías. Nada hay tan claro, nada tan preciso, como lo que dice el profeta con respecto á la venida del Salvador del mundo en este pasaje. *Consuélate, pueblo mio, consuélate, dice tu Dios*. El profeta en este capítulo y en los siguientes nos describe la felicidad de los Israelitas despues de la vuelta de la gran cautividad de Babilonia; sin embargo no es este el objeto que mas le ocupa. La venida del Mesías, su reino, el establecimiento de su Iglesia, la vocación de los gentiles á la fe son sus miras principales. San Lucas fija el verdadero sentido refiriendo las palabras del profeta con motivo del santo Precursor: *Hablad al corazon de Jerusalem y decidle: que sus males se han acabado, que sus iniquidades le han sido perdonadas. Dios va, por fin, á enviaros un Salvador; yo oigo ya la voz de su Precursor, continua Isaiás, que clama en el desierto, como su heraldo que anuncia su venida, y que dice: preparadle los caminos para que entre en vuestro corazon, reformando vuestras costumbres, y rectificando*

vuestra conducta por la penitencia. Allánense todas las montañas, llénense todos los valles, enderécense todos los caminos torcidos, hágase practicable todo lo que está estraviado, áspero, escarpado. Es decir, que las almas tímidas tomen confianza, que las almas terrenas y materiales dejen de andar arastrando por la tierra, y de hoy en adelante se eleven sobre todo lo que llena los sentidos; que todo espíritu vano y orgulloso se humille por la penitencia; en fin, que reine en todas partes la inocencia; y entonces todo hombre verá la salud enviada por Dios. El texto dice, que *todos los valles serán exaltados y las montañas humilladas*, lo que en el sentido moral significa que el Salvador venia á humillar el orgullo del mundo, y confundir toda su falsa sabiduría, eligiendo para fundar su Iglesia hombres simples, pobres é ignorantes; y la muerte misma en la cruz para salvar á los hombres. Dios ha escogido lo que es flaco en el concepto del mundo para confundir lo que hay de mas fuerte en él, dice S. Pablo. La salud se ha ofrecido á todos los hombres, puesto que Jesucristo se ha encarnado, ha nacido, y ha muerto por la salvacion de todos los hombres; pero ¡cuantos rehusan la salud, ó Dios mio, que vuestra bondad les presenta! ¡Oh, y cuan digno es de vuestra cólera el que desprecia vuestras bondades! Al paso que se acerca la fiesta de la Natividad, la Iglesia redobla sus convites y sus exhortaciones para mover á los fieles á que redoblen su cuidado y su fervor para ponerse en estado de recibir con santas disposiciones el Salvador de nuestras almas, sin las cuales nada importa celebrar su nacimiento, ni se tiene parte en sus dones.

La oracion de la misa del dia es como sigue:

Excita, quæsumus, Domine, potentiam tuam, et veni, et magna nobis virtute succurre: ut per auxilium gratiæ tuæ, quod nostra peccata præpediunt, indulgentia tuæ propitiationis acceleret. Qui vivis et regnas cum Deo Patre in unitate Spiritus Sancti Deus, per omnia sæcula sæculorum. R. Amen.

Haced, Señor, brillar vuestro poder, y venid, os suplicamos, y socorrednos con vuestra fortaleza omnipotente, á fin de que vuestra misericordia infinita se apresure á darnos por vuestra gracia el auxilio de que nos hacen mas y mas indignos nuestros pecados. Vos que siendo Dios vivis y reinais con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

La Epístola es del apóstol S. Pablo á los Corintios, cap. 4.

Fratres, sic nos existimet homo ut ministros Christi, et dispensatores mysteriorum Dei. Hic jam quæritur inter dispensatores, ut fidelis quis inveniatur. Mihi autem pro minimo est ut à vobis judicer, aut ab humano die: sed neque meipsum judico. Nihil enim mihi conscius sum: sed non in hoc justificatus sum: qui autem judicat me, Dominus est. Itaque nolite ante tempus judicare, quoadusque veniat Dominus: qui et illuminabit abscondita tenebrarum, et manifestabit consilia cordium: et tunc laus erit unicuique à Deo.

Hermanos míos, cuidemos de que se nos mire como ministros de Jesucristo, y dispensadores de los misterios de Dios. Se pregunta ya si entre los dispensadores se halla alguno que sea fiel. Por lo que hace á mí, no me da gran cuidado el ser juzgado por vosotros, ó por el discernimiento de los hombres; ni yo tampoco me juzgo á mí mismo. De nada, pues, me reconozco culpable; sin embargo no me justifico por esto; mas el Señor es el que me juzga. Así que, hermanos míos, no juzgueis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, que iluminará lo que está oculto en las tinieblas, y manifestará los secretos de los corazones, y entonces se dará á cada uno la alabanza que merezca por Dios mismo.

«La Iglesia ha elegido este pasaje de la carta del Apóstol, ya para enseñar á los que ha ordenado ayer sábado de las cuatro temporadas, cual es el ministerio que han recibido, y con qué santidad deben ejercer sus sagradas funciones; ya para representar á los fieles lo que S. Pablo dice del último juicio, á fin de mezclar siempre la consideracion de la segunda venida del Hijo de Dios con la de la primera, como lo ha hecho el primer domingo de Adviento en la misa y en el oficio.»

REFLEXIONES.

Cuidemos de que se nos mire como ministros de Jesucristo, y dispensadores de los misterios de Dios. Recuerden siempre á los fieles unos títulos tan gloriosos el respeto y la sumision que deben á aquellos á quienes Dios ha honrado con su sagrado mi-

nisterio; pero que no olviden estos nunca la humildad y la bondad con que deben servir á los fieles, en cuyo favor han sido honrados con el ministerio santo. ¡Buen Dios! ¡qué puras y qué fieles deben ser las manos que dispensan los sagrados misterios! ¡qué pureza de costumbres, qué integridad de conducta, qué tesoro de ciencia y de sabiduría, qué santidad no exige este carácter augusto, de los que le han recibido! Se trata de sostener los intereses de Dios y de los hombres, de conciliar los derechos de su justicia y de su majestad, con los de su amor y de su misericordia. Se trata de la sangre de un Dios; temamos profanarla, dispensándola á pecadores impenitentes: pero es la sangre de un Dios muerto por los pecadores; temblemos cerrar estas fuentes saludables á los que quieren lavarse en ellas. Las personas consagradas al santo ministerio son unos ecónomos, cuya primera virtud es la fidelidad: fidelidad á Jesucristo, para no procurar mas que sus intereses; fidelidad á la Iglesia, para trabajar á sus órdenes con zelo y sumision; fidelidad á los pobres, para administrar su patrimonio con sabia economía; fidelidad á todos los fieles, para edificarles é instruirles. Sean todos los ministros de Jesucristo santos, como deben serlo, y muy pronto quedará el mundo reformado. De nada me conozco culpable, decia S. Pablo, y sin embargo de esto no me justifico. Un apóstol á quien nada reprende la conciencia, no se atreve todavía á creerse justificado; ¿qué es, pues, lo que nos asegura y nos tranquiliza? ¿Será nuestra inocencia, ó nuestra penitencia? ¡Ah! quién sabe si nuestra tranquilidad es hija de aquella calma engañadora que da una falsa conciencia: no se teme, cuando con frecuencia todo hace temblar. No se teme porque no se ve el peligro; ¿pero está por eso mas lejos el precipicio? Temamos si hemos tenido la desgracia de ofender á Dios; aun cuando hubiésemos lavado los pecados con las lágrimas de la penitencia, temblemos todavía, y no cesemos de esclamar con David: Señor, purificadme de los pecados que no conozco. Tres juicios tenemos que sufrir; el juicio de este mundo, que debemos despreciar; el juicio de la conciencia, que nos hemos de guardar de corromper; el juicio de Dios, que siempre debemos temer, y para el que nos interesa prepararnos.

El Evangelio de la Misa es de S. Lucas, cap. 5.

Anno quintodecimo imperii
Tiberii Cæsaris, procurante
Pontio Pilato Judeam, te-

El año décimoquinto del im-
perio de Tiberio César, siendo
gobernador de la Judea Poncio

trarcha autem Galilææ Herode, Philippo autem fratre ejus tetrarcha Ituræ, et Trachonitidis regionis, et Lysania Abilæ tetrarcha, sub principibus sacerdotum Anna, et Caiphá: factum est verbum Domini super Joannem, Zachariæ filium, in deserto. Et venit in omnem regionis Jordanis prædicans baptismum penitentia in remissionem peccatorum; sicut scriptum est in libro sermonum Isaia propheta: Vox clamantis in deserto: Parate viam Domini: rectas facite semitas ejus: omnis vallis implebitur: et omnis mons, et collis humiliabitur: et erunt prava in directa, et aspera in vias planas: et videbit omnis caro salutare Dei.

Pilato; tetrarca de Galilea Herodes; Filipo su hermano tetrarca de Iturea, y del país de la Traconitis; y Lisania tetrarca de la comarca de Abilina; en el pontificado de Anás y de Caifás, la palabra del Señor se dirigió á Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y fué por todo el país que está á la larga del Jordan predicando el bautismo de penitencia para la remision de los pecados, como está escrito en el libro que contiene lo que ha dicho Isaías profeta: la voz del que clama en el desierto, preparad el camino del Señor, hacedle sus senderos rectos. Se llenarán todos los valles, y se abatirán todas las montañas y todas las colinas; lo que no está derecho será rectificado, y lo que es escabroso se hará un camino llano, y toda carne verá la salud que viene de Dios.

MEDITACION.

Sobre el deseo ardiente que debemos tener de la venida del Salvador.

PUNTO PRIMERO. — Considera cuales han sido en todo el tiempo del antiguo Testamento, los deseos ardientes y los votos de todos los santos patriarcas, de los profetas, de los justos por la venida del Redentor: le llaman, le invitan á que venga, le ruegan con empeño, con trasportes, con votos llenos de entusiasmo. Os suplicamos, Señor, que enviéis cuanto antes al que debéis enviar para salvarnos. Venid, Señor, como nos lo habeis prometido. Apresuraos, Señor, á venir, y no lo difirais por mas tiempo. O cielos, haced que descienda de lo alto el Salvador á manera de una lluvia. Abrase la tierra para producir al Salvador. No se retrase, Señor, el veros, ni nos aflijais mas con una di-

lacion tan larga. ¡O si os dignaseis abrir los cielos, y descender de ellos para rescatarnos! Así daban á entender los santos del antiguo Testamento el ardiente deseo que tenian de la venida del Salvador del mundo. La Iglesia no habla con menos énfasis: se aprovecha tambien de sus espresiones, y sus votos son todavia mas ardientes que los suyos. ¡Cuales, pues, deben ser los nuestros! toda nuestra dicha está en Jesucristo, nuestra salud eterna depende de su venida, ¿con qué ansia no espera un esclavo á su libertador? cuanto mas pesados son sus hierros, cuanto mas dura es su esclavitud, mas se aumenta el deseo de su libertad. No cesa de preguntar cuando debe llegar su libertador: se le señala el tiempo, y cuenta sin cesar todas las horas, todos los momentos: ¡mas cual es su alegría, cuales sus trasportes, cuando sabe que se acerca su Salvador! sus deseos crecen con su conato, y nada le ocupa ya sino el dia de su libertad. Se le dice que no faltan ya mas que tres dias, que medio dia. ¡Buen Dios! ¡qué ardor! ¡qué santa impaciencia! ¿De qué nace que nosotros no esperitemos la misma ansia, los mismos deseos, la misma santa impaciencia? Dentro de seis dias, dentro de tres dias, dentro de algunas horas, vuelve á venir el aniversario del dia afortunado del nacimiento del Salvador; ¿como es que no hacemos semejantes votos? ¿Por qué no importunamos al Señor con iguales demandas? La Iglesia, nuestra buena madre, nos da el ejemplo; ¿porqué no la imitamos? Esto consiste en que nos falta la fe y el deseo verdadero de nuestra salud.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que nuestros deseos siguen siempre á nuestras ideas; no descamos mucho lo que estimamos poco. ¿Comprendemos bien las consecuencias de esta verdad esperimental? Nos fatigamos poco por ver llegar el dia del nacimiento del Salvador, y esto consiste en que le conocemos poco, en que nos interesa y nos conmueve poco el exceso de su amor; que no tenemos mas que una idea muy débil de las ventajas de su venida; que nos agrada el estado triste de error, de servidumbre, de pecado en que estamos; que amamos al mundo, cuyo espíritu viene á destruir, y cuyas máximas debe condenar el Salvador; que no tenemos gana de mudar de señor; por fin, que nuestra salud nos toca muy poco al corazon. He aquí la causa funesta de nuestra indolencia, de nuestra frialdad, de nuestra lastimosa indiferencia. Conocemos poco al Salvador, lo que es, lo que puede, lo que merece; y todavia nos conocemos menos á nosotros mismos, lo que somos, lo que merecemos por nues-

tros pecados, lo que debemos esperar de la justicia divina. ¡Cosa estraña! Desterrados en un valle de lágrimas, esclavos de un tirano, principio de todos nuestros males tanto en esta vida como en la otra; arrojados de nuestra patria celestial, ni aun nos dignamos pensar en aquel que es el único que puede ponernos en libertad, librándonos de todas nuestras miserias. Nosotros esperamos, en verdad, su venida; pero ¡con qué indiferencia, y aun con qué disgusto! La Iglesia hace tres semanas nos exhorta, nos estrecha á que nos regocijemos, y pongamos en él nuestra confianza, anunciándonos su venida: el dia de su nacimiento está determinado, nosotros sabemos que está cerca. El viene para poner fin á este destierro: viene para sacarnos de esta espantosa servidumbre; y ¿cuales son nuestros conatos, ó qué es lo que hacemos para prepararnos á recibirle? ¡Buen Dios! ¡qué bien da á conocer nuestra indolencia la debilidad de nuestros deseos, y esta debilidad de nuestros deseos la languidez de nuestra fe!

Yo conozco, ó divino Salvador mio, toda la iniquidad de semejante conducta; pero al fin vos no me dais estas luces para dejarme por mas tiempo en un adormecimiento tan profundo y tan indigno. Venid, Señor, yo deseo vuestro nacimiento con todo mi corazon, y la solicitud con que voy á prepararme para recibirlos, probará la sinceridad y el ardor de mis deseos.

JACULATORIAS.—Yo deseo, Señor, con todo mi corazon vuestra venida, y nada omitiré para recibirlos dignamente. (*Os. 26.*)
Venid, Señor: daos priesa á venir á salvarnos. (*Eccles. in off.*)

PROPOSITOS.

1 No hay cosa que se manifieste mas que un gran deseo. El corazon no está nunca mudo. Se explica de muchas maneras; todas las pasiones son elocuentes, ninguna es mas espresiva que la que nos conduce á querer un bien que juzgamos que nos conviene. ¡Qué bien mayor que la salvacion! ¡qué objeto mas digno de nuestros deseos que la venida del Salvador del mundo! ¡con qué ardor la deseaban las patriarcas y los profetas, con qué términos tan enérgicos la pedian! ¿tenemos nosotros menos necesidad del Salvador que los antiguos justos? ¿por qué no tendremos tanto ardor, tantos deseos, tantas ansias de recibirle como ellos? ¿testificamos estos deseos por nuestras peticiones? ¿os servís durante estos dias destinados á pedirle, de las oraciones jaculatorias que la Iglesia os ofrece, y que son tan pro-

pias para despertar nuestra fe y nuestro amor? Decidle muchas veces durante el día: *Haced, Señor, brillar vuestro poder, y venid para salvarnos. He aquí nuestro Dios que va á venir y nos salvará. Mostradnos, Señor, vuestra misericordia; dadnos el Salvador que quereis enviar. No, Señor, ninguno de los que os esperan y os desean, será confundido. Animaos, y no temais ya, porque he aquí á nuestro Dios que viene dentro de pocos días para salvarnos*, etc. Estas pequeñas oraciones jaculatorias son muy á propósito para escitar el fervor en este santo tiempo.

Imponeos la ley de pasar cada día, hasta Navidad, una media hora por la tarde delante del Santísimo Sacramento para pedirle que él mismo prepare vuestro corazón delante de él por vuestros deseos, y ofrecedle señales de vuestra ansia, de vuestro fervor y de vuestro zelo. No dejéis de interesar á la santísima Virgen, por medio de alguna oracion particular, para que os obtenga nuevas gracias; reglad vuestras devociones con la Iglesia, la cual durante el Adviento, y señaladamente en estos últimos días, mezcla tan oportunamente en sus oficios las oraciones que dirige al Salvador con las que dirige á su Madre, que el oficio de la misa del día es tanto en honor de la Madre como del Hijo. No dejéis de decir diariamente, al menos los ocho días antes de Navidad, el oficio parvo de la Virgen con el fin de que os obtenga las gracias necesarias para lograr unas disposiciones santas el día solemne del nacimiento del Salvador.

DOMINGO ENTRE NAVIDAD Y LA EPIFANÍA.

El espacio que media entre la fiesta de Navidad y la de la Epifanía se llama entre los griegos el *Dodecámeron*, porque consta de doce días. Se ha considerado mucho tiempo como una sucesion de las fiestas continuas, al menos para la celebracion de los oficios, y para la cesacion del foro y de los negocios de palacio. No puede haber mas que dos domingos en este espacio. Los griegos dan al primero el nombre de domingo despues de la Natividad del Salvador, y llaman al segundo el domingo antes de las luces: este nombre es el que dan al día de la Epifanía, á causa de que el bautismo de Jesucristo, cuya gran fiesta celebran ellos en este día, se llama entre ellos *iluminacion*.

La Iglesia latina llama á estos dos domingos *vacantes*, porque no tienen oficio propio de dominica, ni aun se hace conmemoracion alguna del segundo, cuando concurren dos fiestas, y el primero no tiene mas que la misa propia. Como este no se omite

nunca, y se celebra aun cuando caiga en el día 30 del mes de diciembre, hemos creído conveniente el dar la esplicacion de lo que tiene de propio y particular.

El introito de la misa está tomado del capítulo 18 del libro de la Sabiduría: *Cuando todo reposaba*, dice el Sabio, *en un profundo y pacífico silencio: Cum quietum silentium tenerent omnia*, así dice el texto, *y la noche estaba en medio de su curso, vuestra palabra, omnipotente Señor, ha venido del cielo á la tierra: ella ha descendido del trono real que teneis en el cielo*. La Iglesia aplica estas palabras al nacimiento de Jesucristo, verdadero Dios y Verbo eterno, que habiéndose hecho hombre ha nacido en medio de la noche, y en un tiempo en que todo el universo estaba en paz, bajo el imperio de Augusto. Es evidente que esta palabra omnipotente que ha venido de lo alto del cielo, y del trono real del mismo Dios, significa en el sentido alegórico y figurado el Verbo hecho carne (*Joan 1.*), por el que todas las cosas han sido hechas, y nada de lo que ha sido hecho lo ha sido sin él.

La Epistola está tomada del capítulo 4 de la carta de S. Pablo á los gálatas; se asegura que los gálatas son originarios de las Gaulas. Habiéndose esparcido algunas tropas de la Gaula en la Grecia, y despues en el Asia menor, bajo la direccion de Breno, fijaron, por fin, su habitacion entre la Capadocia y la Frigia, en una provincia que de su nombre se llamó Galacia. Llamábase tambien entonces Gallo-Grecia, para dar á entender que estaba ocupada por gaulas y griegos. Los gálatas eran paganos. S. Pablo les predicó la fe de Jesucristo con un éxito prodigioso; hizo un gran número de conversiones, y formó allí una iglesia considerable. La primera vez que llegó allí, fué recibido como un ángel de Dios. S. Pedro habia predicado allí el Evangelio á los judíos, y S. Pablo predicó en seguida á los gentiles. Se cree que fueron los judíos convertidos por S. Pedro, siempre encañados con sus observancias legales, los que causaron entre los gentiles convertidos las turbaciones que dieron ocasion á san Pablo para escribirles esta carta, en la cual hace ver que antes del nacimiento de Jesucristo los judíos estaban bajo la direccion de la ley, como un pupilo bajo la direccion de un tutor; pero que este divino Salvador les habia sacado de la esclavitud de la ley, haciendo que por la fe llegasen á ser hijos de adopcion. Como habia entre los judíos convertidos falsos doctores, que enseñaban públicamente la necesidad de la circuncision y de la ley de Moisés; habia entre ellos uno que se distinguía por sus arrebatos, y que sembró en aquella iglesia una levadura de una mala doctri-